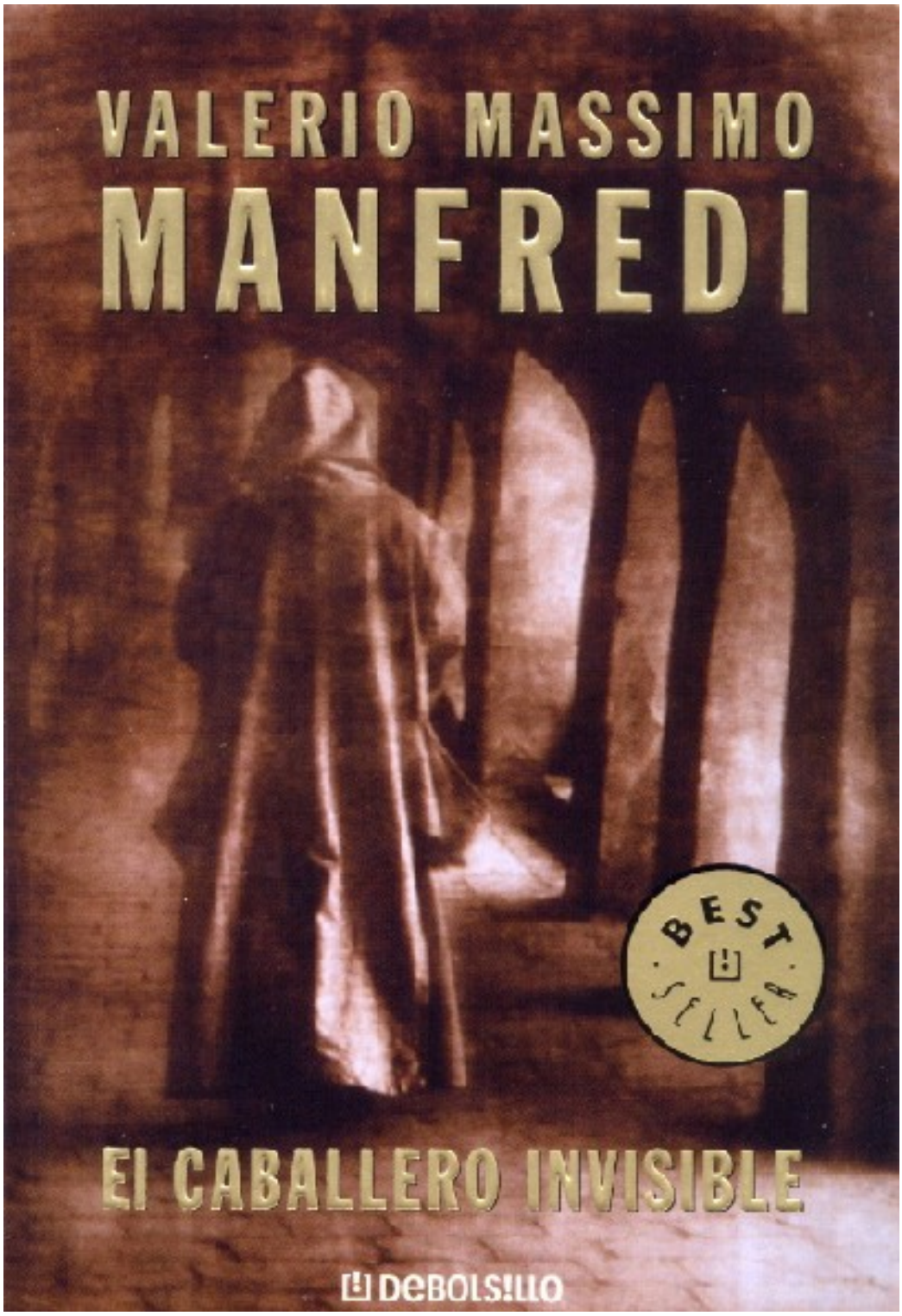
EL CABALLERO INVISIBLE
VALERIO MASSIMO MANDFREDI



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Tan m'abellis vostre cortes deman
qu 'ieu no mi puesc ni voil a vos cobrire

ARNAUD DANIEL

El caballero asomó de improviso de la niebla como un espectro. Llevaba un yelmo cónico con el nasal y la cota de malla. Ceñía la espada de doble empuñadura del lado derecho, un gran escudo blanco con una cruz roja estaba colgado del arzón del lado izquierdo y una capa de idénticos colores y la misma enseña de color sangre le caía de los hombros hasta cubrir el lomo de su corcel. El animal, un semental normando negro como la pez, resoplaba por los ollares la misma niebla que se deslizaba a ras del suelo por el fondo del valle entre los árboles chorreantes aún por la lluvia nocturna.

Me quedé mudo y aparte ante aquella súbita visión, mientras mi amo se volvió para mirar al recién llegado con mirada firme, nada asombrado por la aparición.

Un caballero templario.

Y sin duda de alto rango a juzgar por las armas, el caballo y la estampa. No era ya muy joven: una barba casi blanca enmarcaba su noble rostro, pero el porte erguido, la anchura de sus hombros y la altivez de su mirada indicaban que estaba aún lejos el tiempo en que entregaría su espada maciza a un cofrade más joven para que hiciera buen uso de ella.

—¿Quién sois, noble señor? —le preguntó mi amo.

—Mi nombre es Antonius Bloch...

—Yo soy Jean de Roquebrune —respondió mi amo—. ¿Andas por aquí de paso por casualidad o me seguías con la intención de hablar conmigo?

—Llevo siguiéndote —respondió el templario— desde hace un tiempo y quisiera hablar contigo.

—Pues, entonces, desmonta y siéntate en este vivaque. Mi criado está preparando la colación y podrás compartirla conmigo si gustas.

—Aceptaré tu pan —dijo el templario saltando a tierra con agilidad y ligereza, pese a su robusta complexión y al peso de la cota

de malla.

Mi amo cogió el pan recién hecho de la plancha de pizarra que se calentaba sobre las brasas, lo rompió y ofreció un pedazo al invitado. Antonius Bloch levantó la mano para bendecir aquel pan al tiempo que susurraba una oración, luego lo cogió y empezó a comer.

—¿Adónde os dirigís? —preguntó al cabo de un poco.

—A Roncesvalles.

—¿Y luego?

—A León. El rey Alfonso ha invocado la ayuda de todos los caballeros cristianos a quienes les importe la verdadera fe para defender el último trozo de España de los infieles.

—Lo sé.

—Y por tanto también tú vendrás seguramente con nosotros. Es lo primero que he pensado nada más verte.

—Solo hasta Roncesvalles, donde tengo intención de rendir homenaje al alma del conde Roldán y tocar las rocas que aún conservaban la marca de los golpes de Durandal...

—¿No vas a León a luchar contra los moros? ¿Por qué?

—Me espera una misión más urgente aún y debo obedecer la orden de mis superiores. Estamos vinculados, como bien sabes, por el voto de obediencia.

—¿Qué quieres, entonces, de mí?

—El señor de Roquebrune es uno de los más famosos caballeros de Francia y quizá el más valeroso. El único, en mi opinión, que puede llevar a cabo una gran misión.

Cogí queso de la alforja y corté dos gruesas porciones para los dos caballeros, pero Bloch lo rehusó: quizá observaba en aquel período algún tipo de abstinencia. Roquebrune miró a los ojos al templario sin decir una palabra y este continuó:

—Se requiere mi presencia en otra parte, de lo contrario te acompañaría con el mayor entusiasmo. Pero estoy seguro de que aceptarás llevar a cabo la empresa que voy a pedirte: se trata de trasladar un fardo a lo largo de mil quinientas leguas a través de cinco provincias y entregarlo directamente en manos del arzobispo Esteban José de Ururoa en la ciudad de...

No pude oír aquella palabra porque el templario se acercó a mi

señor y le susurró algo al oído.

—¿Aceptas? —dijo acto seguido.

Roquebrune le miró antes a los ojos una vez más y luego asintió con un cabeceo.

—Pero debes prometerme una cosa: no intentar descubrir en ningún momento qué contiene. Un día sabrás por qué. Lo que te pido es un juramento sagrado. A cambio te prometo el título de defensor de la fe y el privilegio de indulgencia de las cuatro santas basílicas romanas por decreto del mismo Papa.

Roquebrune juró y yo me quedé estupefacto de cómo había podido aquel caballero misterioso surgido de la nada convencer en tan breve tiempo a mi señor para llevar a cabo una misión que luego había de revelarse todo menos fácil ni carente de riesgos. Pero quizá era cierto lo que se murmura de los templarios, que son magos y cultores de las ciencias ocultas, capaces de transformar las piedras en oro y de evocar del más allá a las almas de los muertos.

Partimos de allí una vez que hube dado de comer a los caballos. Antonius Bloch cabalgaba al lado de mi señor y sus armaduras resplandecían ahora bajo los rayos del sol que, una vez vencida y disuelta la niebla, se alzaba de la llanura para iluminar las cumbres de los montes y las agujas de los campanarios. Las campanas saludaban al nuevo día y su sonido dulcísimo resonaba de valle en valle, de pueblo en pueblo, para recordarnos que todos somos hijos del mismo Dios.

Alcanzamos el paso a la caída de la tarde y mientras descendían las sombras y se hacía un gran silencio en aquel lugar sagrado y terrible en el que los paladines de Carlomagno habían sido aniquilados por los moros en una emboscada, vi con mis propios ojos al caballero templario ponerse de rodillas junto a una roca erosionada por la intemperie de eras inmemoriales y derramar unas lágrimas afirmando que aquel era el punto exacto en el que el conde Roldán había caído y entregado su alma generosa. Señaló un surco en la piedra diciendo que había sido producido por la hoja de Durandal cuando el conde Roldán la había roto para que no cayera intacta en manos del enemigo y pudiera mancharse de sangre cristiana.

No me atreví a preguntar cómo podía saber tales cosas en vista de

que aquella roca no se diferenciaba en nada de otras que se alzaban aquí y allá en los prados, porque no conviene a un criado dirigirse a un caballero si no le preguntan y porque también el señor de Roquebrune parecía absolutamente convencido de las afirmaciones de Bloch. También él se arrodilló junto a aquella roca y rozó con la mano la dura piedra que había embebido la sangre de Roldán. Luego, en silencio, ambos se alzaron y se fueron hacia el lindero del bosque. En la incierta luz del final del crepúsculo vi pasar algo de mano y acto seguido ondear en el aire, entre los troncos del bosque, la capa de Antonius Bloch. Este desapareció como un fantasma, tal como había aparecido de los ríos de niebla aquella misma mañana.

Empezamos a bajar hacia el valle y vi que un fardo, una especie de estuche de cuero, estaba asegurado sobre la grupa del caballo de Jean de Roquebrune, detrás del arzón, y no pude dejar de fantasear. Lo había recibido de Bloch, pero ¿con qué fin? ¿Qué contenía? ¿A quién estaba destinado? ¿Y por qué Bloch nos había dejado aparentemente tan a la ligera? ¿Cómo podía estar seguro de que aquella preciada carga no se perdería? Ladrones y asesinos, saqueadores y salteadores de caminos abundaban en aquellas regiones como en cualquier otro lugar en estos tiempos.

Los criados, ya se sabe, son curiosos y yo sentí ya la tentación de echar una ojeada al contenido de aquel fardo toda vez que no estaba vinculado por promesa ni juramento alguno, pero solo de pensar que mi amo podía descubrirme me hacía echarme al punto para atrás en mis intenciones e interrumpir mis fantaseos. Pero por un poco solamente. Trataba de ocupar mi mente con otros pensamientos, de decir las oraciones, pero los ojos se me iban enseguida hacia aquel fardo que oscilaba con los movimientos del caballo.

Ironda.

Tal era el nombre del caballo de mi señor, un animal fuerte y generoso de extravagante gualdrapa blanquinegra, de ahí ese apelativo no menos extravagante que significa en provenzal «golondrina». Podría deciros que también mi mulo tenía un nombre, Arrabal, del nombre del pueblo donde lo había comprado a un módico precio en el momento en que estaba en un estado lastimoso, pero esto es un asunto secundario y de escasa importancia, aunque mi humilde compañero ha desempeñado en esta historia un papel en el fondo todo menos desdeñable.

Comenzamos a bajar hacia la vertiente hispana del paso pirenaico y a oír el habla curiosa de aquellas gentes de estirpe basca o vasca, según como se quiera pronunciar la palabra.

En cierta ocasión oí una extraña maledicencia que circulaba por las posadas de Aigües Mortes: que no habían sido los moros quienes habían exterminado la retaguardia del rey Carlomagno en Roncesvalles, sino más bien los vascos con el único propósito de robar y saquear los carros con el botín y los pertrechos y que el pobre de Gano de Maganza había sido infamado en exceso, muy por encima de sus deméritos. Verdadero o falso, no hay gran diferencia: los felones y los hijos de puta existen también por desgracia entre las gentes cristianas, igual que entre los moros, con la sola diferencia de que nosotros tenemos la esperanza de la salvación gracias a la sangre derramada por Nuestro Señor Jesucristo, mientras que ellos están destinados tan solo a las llamas del infierno, herejes como son y seguidores de Mahoma, embajador del Anticristo.

Recuerdo asimismo que al hombre que contaba aquel suceso se le hizo callar enseguida por parte de los presentes, a quienes no les cabía siquiera en la cabeza que el conde Roldán hubiera sido derrotado por una banda de ladrones montañeses y no por una hueste aguerrida y superior de moros infieles, pero yo pensaba para mis adentros que no le faltaba razón, porque el conde no se hubiera

dejado sorprender por el ataque de un ejército enemigo mientras que no se podía esperar una emboscada de gentes cristianas.

El ladrar de numerosos perros me sacó de mis pensamientos y espoleé a mi mulo para que fuera el primero en entrar en el pueblo que teníamos delante de nosotros. Ciertamente, no podía permitir que un gran caballero como Roquebrune se viera importunado por unos cascarrabias rabiosos o por grupos de mozalbetes petulantes o por unos pordioseros desarrapados y roñosos. El cielo estaba oscureciendo y prometía lluvia: nubes de tormenta se aborregaban sobre nuestra cabeza, los relámpagos bañaban de lívida luz los tejados de pizarra de aquellas pobres casas. Me apresuré hacia la pequeña parroquia que dominaba desde un cerro el pueblo y me dirigí al párroco:

—Soy el servidor del señor de Roquebrune —le dije—, quien está llevando a cabo una misión para monseñor el obispo Ururoa. Pido poder albergarnos debajo del porche de vuestra parroquia.

—Los caballeros cristianos son bien acogidos en este lugar —respondió el párroco—. Venid conmigo y acomodaos más bien en mi modesta morada. En esta estación, los temporales pueden ser bastante violentos.

A una señal mía, mi amo entró en el patio y desmontó. Yo até a Ironda debajo del porche, a una cierta distancia de Arrabal, e hice acomodar en el interior a mi caballero.

El párroco le hizo sentar y mandó prepararle una sopa caliente en tanto a mí me hacía traer pan, queso y agua. Los truenos comenzaban a dejar oír su voz, pero no por ello dejaba de pescar algún fragmento de la conversación que se desarrollaba en el interior.

—¿Puedo preguntaros, noble caballero, qué misión os lleva tan lejos de vuestra tierra?

—Lo siento, pero no puedo decíroslo. La meta está aún lejos, el viaje está lleno de peligros, pero vuestra bendición me resultará preciosa, padre.

—Más que una bendición preferiría prestaros mi ayuda y apoyo. Vuestro servidor no me parece una escolta digna de confianza. Es más, para mí tiene un aire de joven bobalicón, si puedo permitirme...

—Quizá un poco atolondrado a veces —corrigió Roquebrune—,

pero es bueno y fiel.

—Lo será, pero no conocéis el territorio ni las muchas lenguas distintas que se hablan en él y vuestro servidor no tiene la más mínima experiencia de esta tierra. Si vuestra misión os lleva hasta monseñor el obispo Ururoa tiene sin duda que ver con algún asunto relacionado con la religión y con la salvaguarda de la verdadera fe. Todos saben que monseñor es un valeroso combatiente aparte de un santo obispo, que sabe empuñar la espada no menos firmemente que el pastoral. Dicen que ha dado muerte a más moros que el rey Alfonso en persona, a quien Dios nos conserve por mucho tiempo.

Mi amo no respondió, o quizá su respuesta se vio ahogada por el ruido de un trueno. Ironda relinchó inquieto y la lluvia comenzó a caer recia y repiqueteante sobre el pavimento de cantos rodados del patio.

—Dejadme que vaya con vos —dijo el sacerdote—. Os serviré de guía y de intérprete y seré también de ayuda en combate si fuera preciso luchar.

—¿Queréis venir conmigo? Pero, entonces, ¿quién se ocupará de vuestros feligreses? ¿Acaso no está escrito que el buen pastor no abandona nunca a sus ovejas, sino que debe estar preparado para derramar la sangre por ellas ?

—Tengo un vicario bastante piadoso y celoso de su ministerio y, dentro de tres días, llegará mi sustituto que oficiará ya la misa del próximo domingo. Nadie tendrá que lamentar mi ausencia.

—¿Cómo os llamáis, padre santo? —preguntó Roquebrune.

—Don Felipe Montego Ruiz es mi nombre, y me tenéis a vuestras órdenes.

—Si tal es vuestro deseo, entonces uníos a nosotros y espero que no tengáis que arrepentiros de ello.

No oí nada más porque el ruido de la lluvia y de los truenos se había intensificado más aún. Me acurruqué, así pues, en un rincón del porche cerca de mi animal y me terminé mi frugal comida. Cuando un rayo de sol logró asomar por fin por entre las nubes y el arco iris trazó su arco en el cielo desde el Septentrión al Mediodía oí que la puerta de la parroquia se abría y me volví de aquel lado. Junto al señor de Roquebrune apareció entonces el párroco y a duras penas pude dar crédito a lo que veían mis ojos. No llevaba ya

sobrepelliz ni estola, sino una cota de malla y grebas y un cinto al que ceñía en ese mismo momento una espada con su vaina de cuero. Le miré atónito mientras él se metía dos dedos en la boca y, de modo nada curil, daba un silbido. Oí un relincho y un galope, y enseguida apareció un hermoso caballo bayo ya ensillado. Tampoco mi amo logró disimular una cierta sorpresa, pero hizo ver que no pasaba nada y los tres nos pusimos en camino. Don Felipe Montego Ruiz, o como diablos se llamase, parecía de excelente humor y charlaba con mi amo echando de vez en cuando una mirada al curioso bulto que llevaba detrás, en la grupa del caballo.

—No ocurre todos los días —dijo en un determinado momento mi señor— asistir a una metamorfosis semejante. Hace apenas un momento erais un piadoso sacerdote y de golpe he aquí que os habéis transformado en un caballero con corcel, armadura y todo.

—No es de hecho una transformación. Provengo de una determinada región de Castilla que está muy expuesta desde hace años a las incursiones moriscas y también nosotros los sacerdotes hemos tenido que acostumbrarnos a revestir las armas para defender a nuestra grey y salvar el Santísimo Sacramento de las profanaciones que le infligirían los infieles.

—Comprendo —afirmó Roquebrune—, pero yo creía que a los sacerdotes les estaba prohibido hacer uso de las armas, aunque no entiendo mucho de las normas que rigen la vida del clero.

—Señor mío —replicó don Felipe—, a fin de cuentas nuestro último juez es la conciencia y yo he llevado estas armas el día en que he tenido que defender a mujeres y niños inermes de la furia de esos brigantes.

—No veo enseña en vuestro escudo. ¿Lo habéis pintado vos mismo así de negro y habéis cubierto, al hacerlo, las armas que había grabadas en él?

—Lo habéis adivinado. Encontré este escudo sobre un caballero caído en combate. Y tras haberle dado honrosa sepultura, me quedé su escudo como recuerdo. Pero sabiendo que no podía adornarme con unas armas nobiliarias y no teniendo ninguna posibilidad de restituirlo a su familia, cuyo nombre incluso ignoraba, lo pinté de negro y me lo guardé para mí.

—¿Y recordáis las armas que había pintadas en el escudo que

lleváis?

—Lo recuerdo. Era un jabalí debajo de una encina en un campo azur. ¿Por qué lo preguntáis, acaso le conocéis?

—No —repuso mi amo Roquebrune—. No le conozco. O al menos no recuerdo haberlo visto nunca.

Entretanto habíamos bajado ya al llano y tomado el camino para Pamplona, adonde llegamos al cabo de cuatro largos días de viaje. La ciudad, encerrada en sus murallas, nos recibió con un cierto asombro de los viandantes que volvían la cabeza para atisbar nuestro pequeño cortejo. La plaza del mercado hormigueaba de vendedores con sus mercancías. Llegaban de todas partes, como podía verse por su indumentaria. Reparé incluso, no sin sorpresa, en la presencia de moros. Es más, tuve la clara impresión de que ellos reparaban en mí, o en nosotros, cosa que no me hizo ninguna gracia.

La gente pasaba entre los tenderetes en los que había expuestas verduras y frutas de la estación: nabos, lechugas y habichuelas, cestas de huevos, alguna gallina y algún lechal. El ganado, tanto mayor como menor, se hallaba en cambio en un vasto recinto al fondo de la plaza, de donde provenían los mugidos de las vacas y los balidos de las ovejas y cabras. Me dijeron que era el día de la feria de San Fermín, el patrono de la ciudad. De repente un grueso toro rompió el recinto acaso espantado o irritado por el ladrar de un perro y echó a correr entre la multitud. Las mujeres gritaban espantadas, en cambio los chicos parecían divertidos y corrían en tropel detrás del grueso animal emberrinchado que se había puesto a correr a galope tendido por las callejuelas de la ciudad. Tras la primera desbandada, se desencadenó una verdadera caza al toro; la jauría de los perseguidores estaba encabezada, debo suponer, por el legítimo propietario del toro que quizá temía que fuera a resbalar antes o después sobre el empedrado y a romperse una pata.

El alboroto armado por aquella persecución se desvaneció en un momento dado ahogado tanto por el sonido de las campanas como por el vocerío de la gente que había recobrado los ánimos y se reagrupaba formando corrillos para comentar lo sucedido. Algunos de los vendedores enderezaban los tenderetes que habían sido derribados por el toro y trataban de recoger del suelo lo que quedaba de sus mercancías. Algunos muchachos habían aprovecha-

do la confusión para robar un trozo de torta o unas pocas almendras tostadas o pastas con miel y corrían para disfrutar aparte de su botín.

Pasamos la noche en una hostería cercana a la puerta oeste que me había recomendado un mercader que parecía saber lo que se decía. Paja limpia y heno para los caballos, yacijas decorosas para mi señor y para el pío eclesiástico que le acompañaba y a quien hizo pasar también por un caballero a fin de obtener un mayor respeto. Por experiencia sé que un hombre de armas recibe una mayor consideración que un hombre de iglesia.

Ironda es un animal espantadizo.

Había que amansarlo acariciándole el pelaje, pero aquella tarde estaba particularmente irritado: resoplaba y soltaba coces y no había manera de poder acercarse a él. Tuve que armarme de paciencia y embaucarlo con un poco de forraje que compré al mozo de cuadra para poderle pasar la almohaza y el cepillo por su gran grupa. Me di cuenta de que no soportaba a su vecino, el caballo bayo de don Felipe Montego. Imposible hacerle ningún reproche porque si a Ironda no le gustaba el caballo, a mí no me gustaba su amo. Tenía los cabellos demasiado largos, la mano demasiado ganchuda y un color de tez pálido, ojeras negras y profundas que le daban el aspecto más bien de un brujo que de un sacerdote. Y además, el hecho de que se hubiera apropiado de las armas de un difunto me parecía algo más propio de un bribón que de un hombre de honor y de oración. Por si fuera poco me había tachado de bobalicón. Desplacé su caballo un par de puestos y cuando me volví vi que había aparecido mi amo, que no se acostaba nunca antes de haber dado las buenas noches a su corcel.

Aproveché la ocasión para hablar con él:

—*Mon segneur* —empecé diciendo—, como sabéis, siempre os he obedecido fielmente y he aceptado siempre vuestras decisiones, pero si me perdonáis mi atrevimiento, os diré que yo no hubiera tomado conmigo a ese don Felipe. ¿Qué sabemos, en el fondo, de él?

—Es un sacerdote, un hombre de Dios.

—¿Y si fuese del demonio? No me gusta su mirada ni su imprevista transformación, y además...

—¿Además qué?

—A Ironda no le gusta su caballo.

—Oh, encima esto...

—No es para desdeñarlo: los animales intuyen cosas que a nosotros no nos es dado comprender. No sé realmente cuál es

vuestra misión y qué os ha entregado bajo custodia el caballero Antonius Bloch, pero...

—¿Qué más?

—No sé. Es como si ese hombre nos hubiera estado esperando. El caballo que apareció hecho un primor y ensillado, esa armadura que ha salido como si hubiera estado ya cuidadosamente preparada...

El señor de Roquebrune pareció impresionado de repente por aquellas palabras mías y se quedó en suspenso reflexionando unos instantes, luego dijo:

—Muchas veces tus consejos se han revelado valiosos y por ello te he confirmado de forma estable a mi servicio, pero pienso que te equivocas. ¿Y sabes por qué? Porque no hubo ningún testigo de mi encuentro con el templario, nadie asistió a nuestra conversación. Como bien sabes, estábamos en el lindero de un claro del bosque y no había allí un alma, aparte de ti, en un radio de cinco leguas. Intercambiamos el sagrado pacto. Yo pronuncié un compromiso solemne al que trato de mantenerme fiel al precio de mi vida y luego el caballero Antonius Bloch desapareció tal como había aparecido tras haberme dejado en custodia una preciada carga.

—Cuyo contenido y significado no habéis querido revelarme... —dije yo. Pero enseguida me arrepentí de mi atrevimiento—. No soy más que un pobre servidor y no tengo ningún derecho a ser partícipe de vuestras vicisitudes personales. Si he sido capaz de tanto descaro es porque os soy fiel, siento afecto por vos y no quisiera verme excluido de nada que os ataña; además, porque soy cristiano y creo que este largo viaje tiene que ver con la defensa de nuestra fe.

Debo admitir que exageré en aquella torpe perorata, pero el relámpago de desdén que había cruzado de improviso por la mirada de Jean de Roquebrune me había espantado e inducido a tratar de arreglarlo enseguida. Mis apenadas palabras lograron, sin embargo, el efecto deseado: mi amo aflojó el ceño y habló con un tono de voz bastante contenido:

—Si no te he hecho ninguna revelación es por dos motivos: el primero, porque tú eres un criado y yo un caballero, cosa que no debes olvidar nunca si no quieres que la emprenda a patadas con tu

trasero de zángano. El segundo, porque un secreto confiado a ti lo sería unos pocos minutos nada más, después de que se volviera en menos de lo que cuesta decirlo del dominio público...

—Pero, *mon segneur*... —traté de replicar.

—¿Acaso osas contradecirme?

—Dios me guarde de hacerlo —contesté yo; y mi intento de saber más cosas no pasó de ahí, por segunda vez. No obstante, tuve de improviso una fulgurante intuición—: ¿Puedo al menos preguntar a *mon segneur* dónde se encuentra en este momento la preciada carga?

Roquebrune pareció ser presa de un estremecimiento repentino:

—En mi aposento —dijo—, bajo llave.

—¿Qué llave?

—La de la habitación.

—Que tendrá el posadero y quién sabe cuántos más. Hubierais tenido que llamarme antes de bajar y yo habría ocupado vuestro lugar. Ved, *mon segneur*, como más pronto o más tarde tendréis que resignaros a la idea de que yo pueda recibir encargos y confidencias importantes. A menos que no queráis poneros en manos de ese sacerdote pálido.

—Pálido, pero robusto. Dejémonos de chácharas y movámonos, vamos, por todos los diablos —imprecó.

Atravesó a toda prisa el patio y yo le seguí detrás a la carrera.

Subimos los escalones de cuatro en cuatro armando un estrépito infernal y en menos de lo que cuesta decirlo estábamos delante de la puerta. El amo había ya sacado la llave y la introdujo por el ojo de la cerradura haciendo correr el pestillo.

—¡Tú quédate aquí! —me ordenó antes de irrumpir en el interior. Le oí que hurgaba afanosamente en un rincón de la habitación; luego, al cabo de un poco, le vi reaparecer ante mí en el umbral.

—¿Todo en orden? —pregunté.

—Gracias a Dios —respondió mi amo—. Me has dado un susto tremendo...

—¿Yo, mi señor? Yo no os he hecho más que recordaros una no desdeñable eventualidad.

El amo resopló, se rascó el cogote y luego dijo:

—Siempre me he preguntado dónde aprendiste ese hablar pulido, no propio ciertamente de un criado.

—Cada uno tiene sus propios secretos, *mon segneur* —respondí yo.

En ese mismo instante vi aparecer como de la nada a don Felipe Montego y oí su voz ronca que preguntaba:

—¿Ha pasado algo, por casualidad?

—Nada, no ha pasado nada —respondió Roquebrune—. De repente he recordado que había dejado mi bolsa con el poco dinero que tengo en este aposento. Lugar todo menos seguro, supongo. Pero por suerte no han tocado nada. Y ahora será mejor que nos retiremos para descansar, porque mañana tendremos que levantarnos antes del alba y ponernos en camino. Hemos de procurar recorrer el mayor trecho posible de nuestro itinerario.

Ambos se retiraron cada uno a su propio aposento, pero yo no tenía sueño y bajé a la planta baja donde estaba el mesón. El mesonero era extrañamente flaco y larguirucho, completamente calvo y de ojos claros e inquietos. Todo lo contrario de lo que uno se imaginaría: los mesoneros, en efecto —y he conocido a muchos en mi peregrinar—, son por lo general bajos, rechonchos, sebosos y lozanos. Este andaba entre las mesas y las banquetas como un espectro y dejaba aquí y allá platos de lentejas estofadas con torreznos. Los clientes eran numerosos, tal como sucede en los días de mercado, y de toda procedencia. ¡Y —ya lo he dicho— hasta moros!

Tuve un sobresalto cuando vi aquellas caras morenas y no me cupo ninguna duda cuando vi lo que estaban comiendo: pan, agua y verduras. Es algo sabido, es cierto, que los vascos son conocidos por comerciar con cualquiera, que no se andan con escrúpulos cuando se trata de ganar cuatro reales, pero el ver a aquellos me impresionó. Me senté y pedí un vaso de vino, y cuando el mesonero se me acercó le pregunté en catalán:

—¿Quiénes son esos?

El mesonero torció el gesto:

—El primer mandamiento de nuestro oficio es no hacer preguntas y tampoco responderlas, si uno quiere tener larga vida. Por aquí pasa gente de todas las razas y de todos los colores. A mí me basta con que paguen la cuenta sin discutir ni protestar por el precio. Lo demás no me interesa.

—¿También si son infieles?

—Los hijos de puta...

—Los hay también entre los buenos cristianos —apostillé yo sabiendo ya cómo iba a acabar aquella conversación.

—Precisamente —confirmó el mesonero. Y desapareció.

Me quedé sentado en aquella mesa sin perderles de vista hasta que se levantaron y se dirigieron hacia el patio interior donde estaban los alojamientos más módicos: simples yacijas debajo de los arcos del porche. Fingí buscar también yo un acomodo en aquel sector del hostal y pasé cerca de ellos. Charlaban en voz baja, pero no conseguí pescar nada. Sin embargo, noté que a escasa distancia había un grupito de mercaderes que llevaban una mercancía muy preciada: los frutos dorados que los mismos moros habían traído y difundido en la península Ibérica y que se dice eran las manzanas del jardín de las Hespérides.

Naranjas.

Así pues, aquellos buenos cristianos venían del sur, de tierra de moros y quizá comprendían también su lengua. Me acerqué a ellos con el pretexto de pedir un poco de sal.

—Se me ha acabado mi provisión y, si mañana le sirvo el almuerzo insípido a mi amo, la emprenderá conmigo a palos. Os ruego que me deis medio puñado, por el amor de Dios.

—Aquí tienes medio puñado de excelente sal de Cádiz, forastero: tienes suerte de que los negocios nos han ido hoy bien, de lo contrario lo hubieras tenido que pagar.

—Os lo agradezco de corazón, amigos; me habéis salvado el lomo y quizá también el trasero. Pero, decidme, ¿de dónde venís?

—De Granada.

—Os compadezco; debe de ser terrible vivir bajo la esclavitud de

los moros.

—Yo no diría eso —respondió otro—. Hay excelentes escuelas, excelentes médicos, un excelente sistema de riego en todos los campos. Alumbrado nocturno en las calles de la ciudad, una excelente limpieza de las mismas.

A duras penas si pude disimular mi sorpresa:

—¿Escuelas, habéis dicho? Así pues, conocéis la lengua de esos infieles.

—Claro que sí.

—¿Y qué están diciendo en este momento, si me permitís? —pregunté mientras resonaban en mi oído las palabras incomprensibles de aquellos moros acuclillados sobre sus alfombras.

—¿Por qué quieres saberlo? —preguntó otro de mis interlocutores.

—Porque tengo la impresión de que esos buenos señores se encuentran siempre donde yo me encuentro, lo que me produce una cierta inquietud.

El hombre soltó una risa sarcástica:

—Esos son señores, ¿qué te crees tú? Les importa un pimiento un piojoso como tú.

Me sentí ofendido por aquella apreciación tan inconveniente, pero no reaccioné para no comprometer mis relaciones con esa gente.

—Seré todo lo pobre que queráis —respondí yo—, pero soy un buen cristiano y temeroso de Dios. Como debéis de serlo vosotros, si no me equivoco. Y no olvidéis que viajo con un noble y famoso caballero: el señor de Roquebrune.

—Si precisamente quieres saberlo, están hablando del itinerario de su viaje. Han mencionado el Puente de los Rumi.

—Una localidad que no conozco.

—Significa «el puente de los romanos». Un lugar a seis jornadas de marcha de aquí, en dirección oeste, que recibe el nombre de un antiguo puente sobre un afluente del río Salado. Como puedes ver, no tienes nada que temer. No están tramando nada contra ti.

—No. Pero tengo como el presentimiento de que ese puente se halla en el camino que también nosotros tendremos que recorrer. Gracias, de todas formas, por vuestra ayuda. Que paséis una buena noche.

Me llegué al establo y me preparé una yacija de paja junto a mi mulo Arrabal, que masticaba con aire meditabundo su heno.

La noche transcurrió tranquila y, cansado como estaba, dormí como un tronco hasta que un ruido me despertó de golpe: abrí los ojos y me encontré enfrente a uno de esos moros, cetrino de rostro y con dos ojazos blancos y como platos que me miraban con fijeza. Me dio un vuelco el corazón y me incorporé, dispuesto a ponerme en pie de un salto y poner pies en polvorosa. El otro se limitó a observarme como si yo fuera algún tipo de insecto raro, luego descubrió una doble hilera de dientes blanquísimos en una especie de mueca que no hubiera sabido cómo interpretar y enseguida se alejó hacia los puestos de los caballos.

Oí un tintineo sospechoso debajo de su barragán, de lo que deduje que debía de ir armado. Estaba cada vez más convencido de que teníamos que guardarnos de aquellos paganos y me fui a la fuente para lavarme la cara mientras ellos decían las oraciones de la mañana. Acertó a pasar por allí una campesina con unos huevos y le compré media docena para preparar el almuerzo: una buena tortilla con la que acompañé el pan recién salido del horno. El cura, o quienquiera que fuese, fue el primero en aparecer, atraído por el buen olor de la comida. No me caía simpático desde el primer momento y el hecho de que no sacara nunca un real para pagar la comida no me hacía mejorar la opinión que tenía de él.

—He visto pasar a unos moros —dijo.

—Y yo antes que vos —respondí—. Y me pregunto que están haciendo por aquí.

—Nada especial, probablemente. Serán mercaderes.

—Son combatientes —respondí—. Estoy casi seguro de que llevan armas escondidas debajo de sus capas.

—Quienquiera que sean, no le tememos a nadie y podemos reanudar tranquilamente nuestro viaje.

En aquel momento apareció mi amo. Llevaba la cota de malla y ceñida la espada. Ironda le saludó con un sonoro relincho y piafó impaciente.

—Sentaos y comed —dije—. Ya me ocuparé yo del caballo. —Y mientras *mon segneur* mordisqueaba un pedazo de pan y cogía con la otra mano un trozo de tortilla, yo ensillé el caballo y puse la albarda

a mi mulo. No hubo necesidad de ensillar la cabalgadura de don Felipe que estaba ya lista desde todo punto de vista. De esto al menos no podía quejarme.

Partimos a la salida del sol en una bonita y clara mañana de esa primavera ibérica, pero yo tenía malos presentimientos. Avanzamos al paso durante toda la mañana deteniéndonos de vez en cuando a beber agua de las fuentes y a descansar a la sombra de un árbol.

A veces, si encontrábamos un nogal, un avellano o un almendro, me paraba y buscaba si había quedado algún fruto en el suelo. Cuando me sonreía la suerte, recogía la mayor cantidad posible y luego los cascaba para mi amo. Recogía también retoños de olmo para Ironda, a quien le encantaban. En suma, hacía de todo para que mi amo, conmovido por mi fidelidad y celo, se decidiera a revelarme qué había dentro de aquel envoltorio que llevaba detrás de la silla.

Don Felipe era parco de palabra. Charlaba a veces con los labriegos en los campos y con los vecinos de las aldeas con aire de recabar información e intercambiaba alguna que otra impresión con Roquebrune. Pasamos dos noches en una majada en pleno campo y solo al tercer día pudimos dormir en una venta y tomar un potaje caliente de lentejas y habas secas. Atravesamos a continuación un terreno más bien árido cubierto aquí y allá de matojos y por algún olivar. Todo parecía tranquilo cuando, de golpe, noté que mi mulo Arrabal se ponía nervioso, se plantaba, resoplaba y a duras penas conseguía mantenerlo en el sendero. Parecía en ciertos momentos que estuviese a punto de volver grupas y regresar al trote por donde habíamos venido.

No tardé en darme cuenta del motivo de tanta excitación: ¡había olido la presencia de animales salvajes! Era ya la hora del anochecer cuando apareció delante de nosotros el Puente de los Rumi, o sea, de los romanos. Una antigua, maciza estructura de piedra y ladrillo que atravesaba el río Salado con robustas arcadas de medio punto. Sobre el puente, uno al lado de otro en una posición tal como para cerrar el paso, había cuatro jinetes. Y dos de ellos, no me cabía ninguna duda, eran los dos moros que había visto en Pamplona. Los reconocí por el color de la capa y lo espléndido de sus ropas perfectamente visibles aún a la luz del crepúsculo.

Roquebrune echó mano a la espada, pero no disminuyó el paso de andadura e intercambió una rápida mirada con don Felipe Montego. Estaba a escasa distancia de ellos y pude oír sus palabras.

—Parecen estar esperándonos —dijo Roquebrune.

—En efecto —confirmó don Felipe.

—Con intenciones hostiles, probablemente.

—De lo contrario, no estarían alineados de ese modo para cerrar el paso... ¿Qué hacemos?

—El honor me impone atacar, pero el deber me induce a la prudencia.

—El deber y el honor son la misma cosa, me parece a mí.

—No necesito ciertamente que me lo enseñe ningún párroco.

—Vamos, Roquebrune; no nos vamos a poner a discutir justamente ahora de cuestiones de principios. ¿Qué decidimos hacer? ¿Atacamos o escapamos?

Roquebrune se quedó en silencio durante unos instantes y luego dijo:

—¡Ataquemos, qué demonios! Dios nos ayudará toda vez que este viaje lo he emprendido para mayor gloria de Él.

Luego, dio un tirón de las riendas de Ironda y vino hacia mí haciéndome seña de que me acercase.

—*Mon segneur*... —respondí deferente.

Roquebrune desató los lazos con que estaba atado su preciado fardo a la silla y me lo alargó:

—Si me sucediera algo, custodia este fardo y llévalo a su destino, al obispo Ururoa en Galicia y asegúrate de que llegue directamente a sus manos.

—*Mon segneur*... —balbuceé—. Estoy seguro de que no sucederá nada, pero si hemos de emprender la desbandada, la cita será en el convento de Sant Jordi, a cincuenta leguas de aquí, por el camino que sigue una vez pasado el puente. Conozco allí a un par de buenos frailes y estoy convencido de que nos prestarán su ayuda.

—Te doy las gracias —respondió el señor de Roquebrune—. Y recuerda que debes respetar mi juramento, según el cual nadie debe saber lo que contiene este fardo.

—Que Dios os asista, *mon segneur*. Sabré estar a la altura de vuestra confianza —respondí yo no sin que la emoción turbara mi

voz.

Inmediatamente después de mis palabras, Roquebrune se volvió hacia el puente y, tras hacer una seña a su compañero, se caló la celada sobre el rostro, liberó la lanza de la abrazadera, la puso en ristre y espoleó a su caballo. Ironda se lanzó al galope, y era un espectáculo emocionante ver a mi caballero embrazar firmemente el escudo resplandeciente con la izquierda e inclinar el cuerpo hacia delante para aguantar el impacto de la lanza mientras el terrero vibraba bajo el martillear furioso de los cascos herrados de su corcel.

No sin sorpresa, debo reconocerlo, vi al párroco espolear y lanzarse a su lado, algo más retrasado, hacia el grupo de hombres armados que permanecían en el puente. Por el modo en que cabalgaba y embrazaba las armas no tenía aspecto en absoluto de un hombre piadoso, sino más bien el de un matasiete. Gritaba e imprecaba con expresiones bastante poco caballerescas de las que extraje interesantes deducciones a las que volveré más adelante en el curso de estos modestos comentarios míos.

El choque fue tan tremendo como ruidoso: uno de los moros se vio desarzonado de la silla y otro cayó del puente abajo dentro del río. Pero los otros reaccionaron con gran energía y la escaramuza se encendió haciéndose más furibunda aún. Saltaban chispas con el cruzar de las espadas, los caballos se encabritaban relinchando e Ironda lanzaba mordiscos, como era su costumbre, al cuello de los corceles adversarios o golpeaba con las pezuñas delanteras.

Yo temblaba impotente a una distancia de media legua sujetándome firmemente a las riendas de mi mulo y podía ver a una distancia mucho mayor a unos labradores atemorizados que se alejaban hacia el fondo, a la linde de los campos, lo más lejos posible del fragor del enfrentamiento cada vez más cruento que tenía lugar.

De repente tuve la sensación de que todo estaba perdido porque otros guerreros moros acudían hacia el puente desde un caserío medio en ruinas en el que debían de estar escondidos, pero mi amo y don Felipe continuaban batiéndose y, aunque fuera lentamente, abriéndose paso entre las filas enemigas. ¿Qué debía hacer yo? Era evidente que no conseguiría pasar a menos que ellos no los matasen a todos, pero en cualquier caso resultaba peligroso quedarse en aquel lugar, por lo que decidí irme en dirección sur hasta encontrar

un vado que me llevara al convento de Sant Jordi. Espoleé a mi mulo y me lancé al trote hacia el Mediodía, la única vía que me era posible. Me alejé bastante, hasta el punto de que no oía ya el ruido del combate, cosa que, por una parte, suponía un alivio para mí, pero por otra me producía una angustia profunda al no saber qué le estaba pasando a mi amo.

De pronto demoré el paso porque oía el ruido de los cascos de un caballo: ¿quién era? Me volví y la sangre se me heló en las venas. A mis espaldas llegaba al galope uno de aquellos moros y, aunque estuviese más bien lejos aún, me di cuenta por el color de sus ropas más que por la complexión de que era precisamente el que había aparecido de improviso delante de mí debajo del porche de la caballeriza en Pamplona. Espoleé frenéticamente al pobre Arrabal, pero ¿cómo podía un mulo superar a un fogoso corcel árabe? Mi animal hacía todo lo posible, pero en un momento determinado tropezó y me mandó con los huesos por tierra. Cuando alcé la mirada pensé que aquella terrible cimitarra que había ya oído tintinear debajo del barragán tres días antes en Pamplona me cortaría la cabeza al punto y en cambio se me ofreció un muy distinto espectáculo a la vista: el moro se había apeado de su corcel y se acercaba a mi mulo. ¡No tardé en darme cuenta de que lo que le interesaba era el fardo guardado dentro de la albarda! Se acercaba circunspecto, sin dignarse dirigirme una mirada, como si yo no existiera. ¿Qué podía hacer? De golpe tuve una inspiración al pensar en las reacciones a menudo impulsivas de mi montura y, cuando el moro estaba ya muy cerca de su objetivo, cogí una piedra, apunté con sumo cuidado y apenas vi que miraba con el rabillo del ojo por si las moscas, la lancé contra él dando exactamente en el blanco que me había propuesto y que me callo por decencia. La reacción fue inmediata: con un poderoso rebuzno, Arrabal soltó una coz hacia atrás golpeando al moro en pleno pecho y estampándolo sin sentido a cincuenta pasos al menos de distancia.

Estaba salvado, o mejor dicho, estaba salvado el preciado objeto que mi amo me había confiado. Esperé un poco a que mi mulo se hubiera calmado, tras lo cual lo cogí del ronzal y monté de nuevo sobre la albarda. Volví sobre mis pasos un cierto trecho en dirección

al puente para ver cuál era la situación, pero comprobé que había todavía cuatro o cinco moros defendiéndolo, mientras que de mi amo y de don Felipe no había ni rastro. ¿Qué les había sucedido? Decidí dirigirme a la cita en el convento de Sant Jordi, tal como había prometido, pero tuve que remontar el río durante casi toda una jornada antes de dar con un vado. Luego, durante cuatro días de camino, proseguí hasta otro río llamado Caudiel, más fácil de cruzar, y de allí llegué, antes de la puesta del sol, al convento de Sant Jordi.

Pero, ¡ay!

No quedaban de él más que ruinas. Até a Arrabal en la columnita que otrora debía de sustentar la pila bautismal y me adentré silenciosamente por las naves desiertas y los muros derruidos. No había ya techo y unas ráfagas de viento se colaban por entre las columnas y los arcos levantando pequeños torbellinos de polvo en los rincones de aquel templo hecho una ruina. Llamé: «¿Hay alguien?». Solo me respondió la voz quejumbrosa del viento.

Poco después reparé en la entrada, medio obstruida, de una cripta, y empecé a bajar lentamente los escalones. Me encontré en un amplio subterráneo: al fondo, había el altar en que se veía la imagen tallada de San Jorge dando muerte al dragón, el demonio infernal. Las fauces del monstruo estaba representadas con tal realismo que me entró miedo. Tuve poco menos que la impresión de que podía hacer vibrar de repente en el aire aquella cola y cortarme la cabeza de un solo golpe.

No había nada más: los objetos habían sido todos saqueados, las piedras ornamentales, desplazadas de sus bases. Hasta rastros de excrementos había en los rincones más oscuros de aquel lugar en otro tiempo sagrado.

Un ruido. ¿O era una impresión mía? Aquel tétrico lugar me producía estremecimientos y quizá me inspiraba pesadillas con la progresiva disminución de la luz, al hacerse las tinieblas. Me preguntaba sobre todo cuándo llegarían mi amo y el excéntrico párroco combatiente que se había unido a nosotros con descarada insistencia. Luego oí un quedo relincho y un bufido: «¡Ironda!», no podía ser sino él. Y sobre la silla de aquel fogoso corcel debía de estar también su amo seguido de su acompañante provisional. Oía, en efecto, las pisadas de dos caballos sobre el enlosado de la anteiglesia, y luego los pasos de dos personas. Di gracias en mi corazón a San Jorge, patrón de aquel solitario lugar, y me apresuré

escaleras arriba. He aquí que llego arriba y había allí esperándome... ¡No! ¡No eran ellos, sino dos de los moros supervivientes a los que había visto defendiendo el puente al emprender yo la huida a toda carrera! Estaban forcejeando en torno a la albarda de Arrabal, señal evidente de que sus intenciones no habían cambiado, pero al aparecer yo dejaron a medias lo que estaban haciendo, desenvainaron las cimitarras y comenzaron a acercarse uno por un lado y el otro por el otro para cerrarme toda posibilidad de escapatoria por las naves laterales. Esta vez estaba perdido y ciertamente no podía contar con la ayuda del sin embargo valeroso Arrabal, que movía la cola tan tranquilo y trataba de comerse un matojillo de hierba nacido entre las junturas del pavimento.

Intenté un par de fintas para abrirme una salida por una de las ventanas, pero los otros ni siquiera se inmutaron y siguieron avanzando hacia mí. El último rayo de sol poniente teñía de rojo las puntas de sus hojas, como una señal de mi inminente martirio. Pero mientras me preparaba para encomendar mi alma a Dios otro relincho, esta vez inconfundible, resonó en el exterior e inmediatamente después apareció mi amo flanqueado por don Felipe. Ambos blandían las espadas y entablaron un furioso duelo con los dos guerreros moros. Uno de ellos cayó traspasado por la espada de Jean de Roquebrune, en tanto que el otro, en vista de que la cosa se ponía fea, consiguió ganar la salida, saltar sobre su corcel árabe y perderse en la oscuridad.

—¡Mi fiel servidor! —exclamó mi amo viniendo a mi encuentro.

—¡*Mon segneur*! —le saludé con entusiasmo—. Es el cielo quien os ha mandado. Un minuto más tarde y habríais encontrado este lugar empapado con la sangre de mi martirio.

Un fuego.

Lo encendimos en el centro de la nave principal y cocinamos las pocas provisiones que nos habían quedado. Yo mismo preparé una hogaza con un poco de agua, aceite y harina y, una vez que hubimos calmado un poco nuestra hambre canina, comencé a reflexionar en voz alta acerca de los acontecimientos de los últimos días y sobre todo acerca de los de las últimas horas. ¿Cómo podían saber los dos moros que me encontrarían en el convento de Sant Jordi?

—Por pura casualidad —fue la respuesta de don Felipe Montego Ruiz—, se trata de una parada lógica a lo largo del itinerario que lleva al océano.

—¿Y es también una casualidad que hurgaran dentro de la albarda de Arrabal, precisamente como había hecho su digno compadre, allí en el puente romano?

—Casualidad —confirmó don Felipe—. Es normal que un saqueador hurgue en un equipaje ajeno. Es allí donde puede esperar encontrar un poco de botín.

—¿En el equipaje que un criado lleva en la albarda de un mulo? Señor mío, espero que no queráis tomarme el pelo. Esos eran unos señores. Mirad esto —dije señalando el cadáver del moro aún boca arriba sobre el pavimento a escasa distancia—, viste un fino brocado, fajín de seda, cimitarra damasquinada. No, lo que esos buscaban era otra cosa y mucho me gustaría saber quién les ha informado de lo que llevamos con nosotros, en vista de que en el momento de la entrega de este preciado como misterioso fardo, no estaban más que mi amo y el caballero templario Antonius Bloch.

—¡Impúdico descarado! —exclamó entonces don Felipe Montego—. No pretenderás acaso insinuar que...

—Sois vos quien os sentís picado en lo más vivo —repliqué yo sin pestañear—, yo no he dicho nada de eso.

Creo sinceramente que habríamos llegado a las manos de no haber sido por una voz a nuestras espaldas que nos hizo estremecer de repente y desistir enseguida de nuestro altercado.

—¿Me permiten?

Delante de nosotros teníamos a un extraño personaje, ataviado con una rústica casaca de fustán, la cabeza rasurada, de edad más próxima a los setenta que a los sesenta y que tiraba de la brida de un asno cargado con gran cantidad de baratijas.

—Francisco de la Fontaine —se presentó—, de padre francés y de madre ibérica. Cirujano y alquimista, iluminador y pintor, buen cristiano aunque indigno pecador. Pido unirme a vosotros en esta noche tenebrosa. Que mañana el Señor nos inspire sobre el camino a tomar.

Le miramos los tres más bien sorprendidos y enseguida nuestra disputa se calmó.

—Podéis quedaros —respondió por todos el señor de Roquebrune—, aunque este santo albergue no pueda ciertamente ofreceros gran abrigo. Esperemos solo que no llueva.

—Si me permitís —prosiguió diciendo el recién llegado—, quisiera compartir con vosotros mi parca cena, en parte en agradecimiento por vuestra gentileza.

Nadie puso la menor objeción, en vista de lo escaso de nuestras reservas, y el otro sacó de sus alforjas toda clase de bendiciones del cielo: pan y almendras, queso de oveja y de vaca, hasta huevos que puso a cocer entre las cenizas. Teníamos todos los ojos relucientes a la vista de aquella apetitosa abundancia y, olvidándonos de la decencia, nos arrojamos ávidamente sobre la comida, infantes y caballeros, clérigos y laicos.

Huelga decir que el señor Francisco de la Fontaine se unió a nosotros desde aquel momento en adelante, en vista de que se dirigía a Burgos para iluminar un Evangeliario y temía mucho viajar solo. No tuve a partir de aquel momento muchas ocasiones de estar a solas con mi amo, pero seguía sin perder de vista a don Felipe Montego porque su modo de explicarlo todo por la casualidad parecía sospechoso, tirando por lo bajo. Entretanto el misterioso fardo entregado por Antonius Bloch había sido de nuevo trasladado detrás de la silla de montar de Ironda y estaba bajo la estrecha

vigilancia de mi amo.

Hizo falta una larga semana de camino para llegar a Burgos después de que hubimos atravesado el Ebro en Logroño. De vez en cuando don Felipe espoleaba a su cabalgadura hacia las colinas para controlar mejor el paso alrededor y luego regresaba a nuestra pequeña caravana sin haber descubierto nada inquietante. El señor Francisco de la Fontaine fue durante ese tiempo un compañero de viaje intachable y cada noche su contribución personal a la mesa común era de tal opulencia que nos comunicaba una especie de euforia vespertina cuando el sol se ponía justo enfrente de nosotros sobre la infinita extensión de un verde pardusco de la gran Castilla.

Las jornadas se alargaban de día en día y la luz se demoraba largamente en el cielo incluso después de que el sol se hubiera puesto. A veces, el señor Francisco se sentaba en un taburete y mientras yo daba de comer a los animales cogía de una de sus numerosas alforjas una hoja de pergamino, pinceles y colores y se ponía a pintar.

Un día me acerqué a él y le pregunté si podía ver lo que estaba pintando, y él me lo mostró sonriendo: estaba haciendo un retrato de mi amo, tan parecido que dejaba estupefacto.

—Las facciones de un héroe —comentó—. Las reproduciré un día en un gran fresco.

Llegamos por fin a Burgos y cuando estuvimos enfrente del maravilloso templo de aquella noble ciudad me volví hacia el señor de la Fontaine para despedirme.

—Os quedáis, me parece —le dije—, ha sido un placer tenerle con nosotros.

Y no mentía, en vista de cómo habíamos comido y bebido durante todos aquellos días.

—Me quedo —confirmó de la Fontaine—, pero quisiera corresponderos por la protección que me habéis concedido. Nadie, en efecto, se habría atrevido a atacarnos con dos tan temibles caballeros a nuestra cabeza.

—Ya nos habéis correspondido —respondió don Felipe Montego—. Vuestra despensa era un verdadero cuerno de la abundancia.

—Pero lo que os daré es un regalo muy especial. Aquí tenéis.

Extrajo otra hoja de pergamino y lo desenrolló delante de nosotros. Era un mapa, no cabía duda, que señalaba punto por punto y etapa por etapa todo el itinerario desde allí hasta las costas del océano.

—Es el trazado de una antigua calzada romana —dijo—, la más segura para quien viaje hacia occidente y también la más hermosa.

—¿Y quién os ha dicho que vamos hacia occidente? —repliqué yo.

—Bueno, no sabría decir, pero he visto que hasta ahora esa es la dirección. Considerando, además, que si se va más adelante hacia el sur significa dirigirse a tierras de moros, entonces la deducción resulta bastante lógica.

—Nunca se puede decir con mi amo —repuse yo aunque solo fuera para no dar nada por descontado.

—En todo caso, pienso que puede seros de utilidad. Lo copié de una bellísima miniatura del convento del Beato de Liébana. Adiós, que el Señor os proteja.

—Y también a vos, don Francisco.

Hicimos noche en un monasterio de los benedictinos que conocía nuestro párroco, quien volvió a mostrarse en esa ocasión hombre de iglesia como hubiera tenido que ser. Salvo que, al ser el día siguiente domingo, no pidió celebrar la misa y tampoco asistió a ella tal como hicimos en cambio el caballero de Roquebrune y yo en la capilla del monasterio. Cuando salimos el cielo estaba lleno del sonido de las campanas de la catedral y la prístina luz de la mañana volvía translúcidas las ligeras y ralas nubes que lo recorrían. Don Felipe había ya ensillado ambos caballos. No me restó más que albardar mi mulo y ponernos de nuevo en camino.

Al primer alto mostré el mapa a mi amo, que lo admiró muchísimo asegurando que no había visto jamás otro igual. Había señaladas en él hasta las distancias en leguas entre una localidad y la siguiente. Ya no pensaba más en la carga que estábamos transportando hacia una meta que me era igualmente desconocida considerando que, cuando llegásemos por fin a destino y una vez llevada a cabo nuestra misión, mi amo me lo revelaría todo. Ese mismo día, el domingo 23 de marzo, tras la caída de la tarde y de una frugal colación, asistí a otro acontecimiento bastante sorprendente. Habiéndome despertado para ir a orinar, vi que una

sombra se deslizaba fuera de la puerta que me pareció era la de don Felipe Montego Ruiz. La seguí aunque mi urgencia física me llamara a otra parte y cuál no sería mi sorpresa cuando le vi bajar a la capilla del monasterio, acercarse al altar, besar la piedra sagrada con gran devoción y ponerse a celebrar misa.

¿Qué era aquel gesto? ¿Era, entonces, realmente un sacerdote? Pero de ser así, ¿cómo se explicaba su extraordinaria destreza en el manejo de las armas y en la técnica de combate a caballo? ¿Cómo se explicaba la posesión de un caballo de aquel tipo, un animal de muy alto precio que solo un noble y un caballero habría podido permitirse si no era a costa de un robo? Robo que, por otra parte, contrastaba grandemente con la compunción y devoción profunda con que estaba celebrando la santa misa. Al final la urgencia que me había hecho levantarme de la cama fue más fuerte que mi curiosidad y me dirigí a la letrina. Cuando salí de ella la capilla estaba desierta y el rayo de la luna que entraba por un ventanuco iluminaba apenas el rostro de una estatua de la Virgen que estrechaba contra su pecho al Niño Jesús.

No dije nada a mi amo al día siguiente porque estaba convencido de que lo habría explicado todo con la descripción que desde un principió don Felipe había dado de sí mismo que me parecía, sin embargo, poco verosímil.

Avanzamos así de nuevo hacia occidente, en dirección a León, atravesando un territorio con plantaciones de olivos y árboles frutales con los que se intercalaban trigales. Las mieses habían apuntado hacía poco por efecto de las lluvias primaverales y cubrían con un verde manto tierno las ondulaciones de aquel terreno color de herrumbre. Todo parecía calmo y yo me disponía ya a pensar que nuestro viaje concluiría sin más incidentes, pero enseguida cambié de parecer cuando, tras detenernos en una venta para recuperar fuerzas, observé sin sombra de duda que dos personajes que había allí sentados se habían intercambiado una inequívoca mirada de inteligencia como queriendo decir «ellos son». Y sin embargo tanto mi amo como don Felipe iban cubiertos con una capa oscura que ocultaba las armas de modo que hubieran podido pasar por unos viajeros de los más corrientes o por unos mercaderes que se dirigían a Asturias a comprar caballos. Me acerqué a mi amo y dije:

—¿Habéis estado recientemente en este lugar, *mon segneur*?

—No —me respondió él—, ¿por qué me lo preguntas?

—Porque esos dos de allí os han reconocido.

—A fe mía, te juro que no he estado nunca en este lugar antes de ahora. Eres demasiado suspicaz. Esos dos parecen dos humildes labriegos que no harán daño a nadie. Pide más bien algo de comer, que el camino que nos espera es aún largo.

Reanudamos no mucho después nuestro camino, pero a mí no se me escapaban otros movimientos extraños de aquellos dos personajes y el silbido que uno de ellos lanzó al vernos doblar por el fondo del sendero que se adentraba en el campo. Avanzamos durante todo el día deteniéndonos solo un poco a la sombra de un quejigo para tomar una frugal colación, pero mientras mis dos caballeros se habían adormecido en el bochorno de aquella precoz primavera yo no dejé de advertir movimientos extraños sobre el perfil de las colinas de nuestra izquierda.

Una sensación de inseguridad me invadió, acentuada más si cabe por la inquietud de mi Arrabal que piafaba y agitaba la cola a un ritmo cada vez más excitado, por lo que desperté a mi amo que, en vez de agradecérmelo, me reprochó:

—¿No sabes que la ciudad de León es el punto de encuentro para todos los caballeros que han decidido acudir bajo la bandera del rey Alfonso a fin de combatir a los infieles? Es normal ver movimientos de gente armada en esta dirección de la ruta.

—Pero tal como están las cosas, *mon segneur* —objeté yo—, ¿por qué están allí lejos sobre las colinas en una posición que se diría oculta en vez de ir por el camino tal como hacemos nosotros? Yo os propongo movernos rápido, pues dentro de no mucho podremos adentrarnos en esos vastos quejigales donde será más fácil que se pierda nuestro rastro.

Me hicieron caso, al final, ante mis insistencias, y reanudamos nuestro camino también porque habían aparecido otros hombres a caballo en lontananza, a nuestra izquierda. En mi opinión nos seguían; es más, estaba convencido de ello.

Jean de Roquebrune decidió en un momento dado demostrar que yo estaba equivocado de medio a medio y espoleó a su caballo. Si aquellos nos seguían, apretarían sin duda el paso. Si no lo hacían, se trataba de unos valerosos y honestos caballeros e infantes que acudían cantando himnos y salmos bajo las banderas del rey Alfonso a León. Dicho y hecho. Cuando nos lanzamos al galope —también yo, en la medida que las modestas posibilidades de mi mulo me lo permitían— vimos que también ellos lo hacían, es más, empezaban a converger hacia nosotros para cortarnos el paso.

—¡Corred, *mon segneur!* —grité—. ¡No os preocupéis por mí! ¡Llevad a cabo vuestra misión!

En efecto, me daba cuenta de que la rapidez de nuestros perseguidores era con mucho superior a la de mi mulo. Roquebrune y don Felipe habían entrado ya en el bosque y mis perseguidores estaban pisándome los talones cuando me llegó una inspiración del cielo. Apenas hube entrado en el bosque me agarré a la rama de una

frondosa encina que se extendía hacia un lado impidiendo casi el paso y me aupé sobre ella dejando seguir adelante a mi mulo, que prosiguió su carrera. Mis perseguidores pasaron por debajo a galope tendido mientras yo trepaba lo más deprisa posible introduciéndome en la copa cada vez más espesa del quejigo. Me quedé encogido como un mochuelo en lo alto de aquel árbol, aguzando el oído y pensando qué estaba sucediendo en aquel bosque.

Mi amo no era hombre de darse a la fuga y temía que se dejase llevar por su natural fogoso y decidiera enfrentarse a aquella hueste superior perdiendo seguramente la vida y la preciada carga que le había sido confiada. También me preguntaba si valía la pena por aquella carga tener que pasar por los peligros y peripecias que habíamos tenido que arrostrar hasta aquel momento, los asaltos y las emboscadas tanto de moros como de buenos cristianos como debían de ser nuestros últimos perseguidores, pero aquel era un interrogante destinado por el momento a quedar sin respuesta.

Pasó bastante tiempo, no sabría decir cuánto, varias horas seguramente, en vista de que la luz del sol comenzaba a disminuir. Luego oí un crujir de hojas secas pisoteadas y un tintinear de armas y vi a un nutrido grupo de hombres armados a caballo pasar por debajo de mi incómodo refugio. Los observé uno por uno buscando un rostro o una mirada que me fueran conocidos, pero en vano, hasta que me sobresalté de improviso: ¡don Felipe Montego Ruiz, nuestro eclesiástico matasiete que avanzaba entre dos brigantes, las manos atadas a la perilla del arzón, había sido apresado!

Dejé que pasaran todos y esperé a que se hubieran alejado lo bastante, luego me deslicé con sigilo a tierra poniéndome cautamente tras sus pasos. Me detuve de golpe con el corazón latiéndome como loco porque a mis espaldas llegaba el ruido de otros cascos. ¡Me había precipitado demasiado! Me encontraba ahora entre dos fuegos. Busqué a toda prisa un escondite detrás de una mata de retama y esperé conteniendo el aliento... ¡Arrabal! Mi valiente animal no se había olvidado de mí y, una vez pasada la tormenta, se había puesto a buscarme. Le cogí del ronzal y me lo llevé hasta que hube llegado al lindero del bosque. Recogí del suelo en un momento dado un nudoso garrote que me hacía sentir de

algún modo más seguro y avancé tratando de vencer el miedo y el espanto que a cada paso sentía que se adueñaba de mí. Nuestros enemigos habían acampado y encendido fuego para cocinar su cena o para recalentarse en vista de que las noches por aquellos pagos eran bastante frescas.

Asistí a escenas que mis ojos no hubieran querido presenciar jamás: don Felipe colgado y torturado para que revelase dónde se encontraba Roquebrune, y adonde se había dirigido y a quién debía entregar su carga. Don Felipe no emitió un solo gemido ni dijo una palabra; en aquellas interminables horas me vi obligado a cambiar de opinión con respecto a él y a enmendar dentro de mí los malos pensamientos que había alimentado sobre su persona. Más aún: decidí que me armaría de valor y haría cuanto estuviera en mis manos para liberarle.

Esperé, así pues, a que descendieran las tinieblas, até a una cierta distancia mi mulo, apreté debajo de la capa mi bastón, me cubrí la cabeza con la capucha y, empuñando con la mano libre un bordón de caminante, me acerqué al centinela. Debían de estar muy seguros de sí mismos, por estar todo el territorio de alrededor despejado y desierto y porque su número —había contado por lo menos una treintena— debía de hacerles sentir al abrigo de toda amenaza.

Al acercarme a aquel bribón ni siquiera se inmutó.

—Soy un peregrino —le dije— que viaja para rezar ante las reliquias de los santos Vital y Agrícola en la iglesia de Nájera, y pido poder tumbarme aquí cerca por esta noche. Los caminos son poco seguros y aunque no lleve conmigo nada de valor...

—Apártate de mi vista y acuéstate donde te plazca, basta con que me dejes tranquilo —respondió de malos modos y en catalán aquel matarife, y yo hice ademán de alejarme.

Pero luego, dándome media vuelva como para dirigirle otra súplica, le asesté un garrotazo en la cabeza antes de que le diera tiempo de decir esta boca es mía. Planté en tierra mi bordón y colgué de él su capa y me acerqué furtivamente al palo en el que estaba atado con unos nudos muy estrechos el pobre don Felipe, semidesnudo. Corté los lazos con mi cuchillo de cocina y lo arrastré poquito a poco hasta el bosque, donde lo subí sobre la albarda de Arrabal.

Mi ángel custodio.

Fue él quien sin duda me guió y me hizo invisible bajo aquel cielo sin luna. Caminamos en silencio toda la noche. Al despuntar el día vi a un pastor que estaba ordeñando a sus ovejas en su majada y conseguí que me diera un poco de leche con la que reanimé un poco a mi maltrecho compañero de viaje. Reconfortado por aquel escaso sustento y por la conciencia de la libertad recobrada, me contó lo que había sucedido en el bosque.

Al darse cuenta de que no podían escapar a sus perseguidores, ambos habían decidido separarse y don Felipe había atraído tras de sí a aquella chusma, pero no había logrado sacarles distancia. Jean de Roquebrune debía de haberse salvado y la cita era a dos paradas antes de León. En la taberna de las Dos Lunas.

—Pero ¿quién es esa gente? —pregunté.

—Mercaderes catalanes —respondió don Felipe—, pero no tengo ni idea de a sueldo de quién están. Solo sé lo que quieren. Y también lo sabes tú.

—¿No habéis descubierto nada más?

—Dadas las circunstancias, no he tenido forma de permitirme muchas distracciones. Pero al prenderme vi una cosa interesante. Uno de ellos tenía una hoja de pergamino y había dibujado en ella un retrato. Lo observaron atentamente y luego me miraron a mí.

A aquellas palabras, cruzó de inmediato por mi mente la extraña aparición del señor de la Fontaine y su aún más extraña petición de hacer un retrato a mi amo.

—¡Era para esto para lo que servía aquel retrato: para hacerlo reconocible a esa canalla que alguien puso sobre sus pasos!

—¡Demonio de pintorzuelo! ¡Maldito Judas! —exclamó—. Se nos ganó con sus opíparos ágapes para luego traicionarnos de este modo. Pero si consigo echarle el guante, se arrepentirá, te lo

aseguro.

—Lamentablemente, si no andamos desacertados, también ese mapa es una trampa. Nuestros enemigos pueden contar con el hecho de que mi amo seguirá muy probablemente el itinerario trazado en él. Les bastará con tenderle una segunda emboscada antes del castillo de la Salud y caerá fácilmente en sus manos.

—Así es —respondió don Felipe—, tenemos que alcanzarle sin falta antes de que llegue a ese punto y ponerle sobre aviso.

—¿Y cómo? ¿Los dos en mi mulo? Iremos a paso de tortuga.

—No desesperes, escudero. Mi caballo anda libre y estoy seguro de que dará conmigo. Tiene mejor olfato que un sabueso.

Palabras proféticas. A eso de mediodía el caballo de don Felipe reapareció como por ensalmo en lo alto de una colina y bajó precipitadamente al encuentro de su amo. Fue una verdadera fiesta. Aquellos dos parecían un par de viejos amigos que se encontraban tras una larga y dura separación. Pusimos nuestros animales al trote y si a veces don Felipe se distanciaba de mí con una galopada, la gran resistencia de Arrabal recuperaba a la distancia la desventaja restableciendo el contacto con nuestro caudillo. En un momento dado, cuando el camino torcía hacia el sur en dirección a Valladolid, tomamos directamente hacia el oeste a campo traviesa por unos senderos solitarios y vastos pastos recorridos tan solo por rebaños de ovejas con sus pastores. Llegamos así a una venta que distaba quizá dos jornadas del camino de León y a la que llamaban el Alto de las Mulas, nombre que habría hecho feliz a Arrabal de haber tenido conciencia de ello. Esperamos allí pacientemente ver aparecer a mi amo.

En vano.

Era ya la atardecida y era inútil volver a reanudar el viaje, por lo que nos acomodamos del mejor modo debajo del porche que rodeaba el patio a modo de un claustro y los dos caímos en un sueño profundo.

Soñé, quizá por primera vez durante todo ese viaje. Soñé con un largo desfilar de personas, gente humilde y nobles caballeros, clérigos y laicos, estudiantes y labriegos que avanzaban por nuestro mismo camino hacia una meta que desconocían. Se apoyaban en un bastón y llevaban vestimentas de todas las formas posibles, muchas de las cuales no habría sido capaz siquiera de imaginar. Y a lo largo de aquel camino veía iglesias y campanarios, monasterios y catedrales resplandecientes bajo el sol, relucientes bajo la lluvia. A veces trataba de parar a alguno y le preguntaba: «¿Adónde os dirigís?». Pero ellos me respondían en una lengua incomprensible. No obstante, aquella visión me infundía una sensación de paz y de serenidad que no sentía desde hacía mucho tiempo. De algún modo, me daba cuenta de que estaba soñando y precisamente por esto no habría querido despertarme por ninguna razón del mundo. Y en cambio...

Fui despertado en plena noche por una brusca sacudida y me incorporé de súbito:

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? ¿Qué sucede?

—¡Chsss! —me hizo callar un sonido familiar.

¡El señor de Roquebrune! Di gracias a todos los santos del cielo en mi corazón por habérmelo devuelto.

—¡*Mon segneur*! —dije, refrenándome a duras penas de gritar.

—Rápido, larguémonos. Os vi entrar a la caída del sol, pero he permanecido escondido hasta estar seguro de que no era seguido.

Sacamos afuera nuestros animales, los ensillamos en silencio en la oscuridad y partimos.

Dos horas después pasamos a una cierta distancia de León. Las torres y murallas de la ciudad estaban adornadas con estandartes que ondeaban al viento y a trechos el viento del norte nos traía, amortiguados por la distancia, los toques de los clarines de guerra. Muchos caballeros habían acudido ciertamente bajo las banderas del rey Alfonso y se veía llegar a otros. El contraataque a las fuerzas moras estaba en curso.

—Y yo no estaré —dijo tristemente mi amo.

—No os faltarán ocasiones para ello en el futuro —le respondió don Felipe Montego—. Esta misión es quizá más oscura que un combate en campo abierto, pero no se puede decir que sea menos gloriosa.

Don Felipe le habló del retrato y yo le hice notar que quizá también el mapa que nos había dado el señor de la Fontaine podía ser como la tela de araña para la mosca y que, por tanto, convenía mantenerse a una cierta distancia. Cosa que hicimos hasta que llegamos a un paso obligado: el puente sobre el río Órbigo, magnífica obra construida por los antiguos romanos para el paso de sus poderosas legiones.

Afortunadamente se me ocurrió una idea que no dudo en calificar de brillante. Habiéndome adelantado a pie para hacer un reconocimiento, observé enseguida movimientos sospechosos y algunas jetas patibularias que iban de un lado a otro a caballo y a pie a lo largo de los pretiles del puente, cerca de su entrada. Entonces, alquilé un carro en un establo cercano, enganché el mulo y me lo llevé hasta encontrar a mis compañeros de viaje. A continuación uncí los dos caballos a aquel mismo carro, até en la trasera a Arrabal e hice sentar a los dos caballeros dentro del arcón camuflando a uno con la cobija de mi mulo hecha una pena de agujeros y manchas, y al otro con mi estropeada capa de viaje. Una carga de heno debajo de la cual me escondí yo mismo completó mi obra y nuestra pequeña caravana pasó indemne el puente construido por los antiguos romanos, y dos días después llegábamos ante las murallas imponentes de Astorga.

Aquel lance debió de confundir a nuestros perseguidores porque a partir de entonces no volvimos a encontrar más rastro de ellos. Y en vista de que la treta había dado buen resultado convencí al señor

de Roquebrune y a don Felipe Montego para que mantuvieran aquella mascarada también a continuación. Así, anduvimos durante varios días, lentos pero seguros, un nobilísimo caballero y un piadoso como valiente eclesiástico disfrazados de brigantes: yo, cómodamente tumbado sobre el heno contemplando el cielo y viendo pasar las nubes sobre mí, descolorirse al ocaso, teñirse de luz al alba. Al principio me escondía, de vez en cuando, si pasaba algún personaje sospechoso, pero luego no me tomé ya la molestia y mantuve en cambio los ojos bien abiertos para observar la belleza que encogía el corazón de aquella tierra estupenda.

Marchaba todo a las mil maravillas y a veces al anochecer, en torno al vivaque, mi amo declamaba poesías de amor para su enamorada que le esperaba lejos suspirando cada tarde desde su balcón, a tal punto la atmósfera se había vuelto serena y tranquila. Y sin embargo nos aguardaba aún la prueba más ardua.

Pasamos un elevado desfiladero cubierto de niebla o quizá de nubes, al entrar en Galicia, y retomamos nuestro camino pasando por pequeñas aldeas de montaña construidas de piedra y cubiertas de hojas de pizarra. Eran pueblos muy miserables habitados por pastores medio salvajes que nos miraban con sospecha y de vez en cuando gritaban algo incomprensible en su tosco dialecto. Una vez superado este obstáculo montañoso, el señor de Roquebrune decidió recuperar su aspecto de caballero y yo no pude ciertamente censurárselo. Debía de ser para él, al fin y al cabo, un sufrimiento ocultar sus armas gloriosas, ver a su soberbio semental, acostumbrado a cargar contra las filas enemigas en la batalla, tirar de un carro de heno como un vulgar rocín. Y también yo, cuando vi refulgir su armadura al sol de primavera dejé escapar un suspiro de alivio. Quedaba aún un último paso importante y obligado, el puente del río Miño, y comenzaba a preguntarme si no era hora ya de que nos desvelase nuestro último destino, a menos que quisiera sumergirse con su preciada carga en las mismísimas aguas del océano.

Habíamos vuelto a seguir el itinerario indicado por el señor de la Fontaine, ya porque en aquel punto no había alternativa al ser el paso estrecho en la confluencia entre el río Loio y el Miño, ya porque desde hacía tiempo no había ningún indicio que nos hiciera

sospechar. Dormimos en un cementerio en lo alto de una colina para estar completamente al abrigo de sorpresas y yo conseguí comida bajando al pueblo que se extendía a nuestros pies. Otra extraña cena, la nuestra, sentados en el suelo entre viejas tumbas erosionadas por el tiempo y la intemperie en torno a un modesto vivaque. Acaso aquella trémula luz entre los muros del cementerio debió de provocar un temor reverencial entre los habitantes del pueblo que se habrían encerrado a cal y canto en sus tugurios para decir unos réquiem.

Al día siguiente nos pusimos en camino en dirección al puente, pero cuando estábamos a menos de una decena de leguas el terreno de nuestra izquierda comenzó a temblar como si se viera sacudido por un terremoto. Oímos relinchos y ruido de cascos, y acto seguido vimos una gran polvareda en la que muy pronto comenzaron a distinguirse caballos y jinetes. ¡Moros!

—¡Tan lejos de su reino!, pero ¿cómo es posible? —gritó Jean de Roquebrune—. ¡Pues bien, sea si ha de ser, vendamos cara nuestra piel!

Y se aprestó para cargar. Pero don Felipe le retuvo asiéndole por un brazo.

—¡No! —exclamó—, habéis hecho un juramento, ¿no es así? ¿Y querréis morir en pecado mortal habiendo faltado a un sagrado juramento? ¡Habéis jurado llevar a cabo esta misión y así debe ser!

—Pero no es ya posible, ¿no veis?

—¡En cambio, sí que lo es, venid, el río!

Y se lanzaron a galope tendido hacia la derecha, mientras ya los jinetes moros con una amplia maniobra envolvente cerraban la entrada al puente. Comprendí la intención de mis caballeros y aunque temblase como una hoja solo de pensar en lo que me esperaba, espoleé con todas mis fuerzas a mi mulo. Mi amo y don Felipe Montego estaban ya sobre el talud y se lanzaban al vacío con un salto increíble de sus cabalgaduras. Poco después, a la velocidad bastante más reducida de mi mulo y con una flecha enemiga clavada en la albarda, también yo intenté el salto. Pero en el último instante, cuando Arrabal vio el abismo abrirse de par en par debajo de él, se plantó y se quedó inmóvil como una estatua catapultándome por delante dentro de la vorágine de los remolinos.

Soy un mediocre nadador e hizo falta Dios y ayuda para que pudiera volver a salir a flote escupiendo agua limosa, debatiéndome desesperadamente para respirar y tratando al propio tiempo de alcanzar la orilla opuesta. Mi amo estaba no lejos de mí e intentaba agarrarse a la silla de Ironda, pero mientras daba manotazos asió por error el envoltorio con nuestra preciada carga que se desprendió de sus ataduras y se fue corriente abajo. Al verlo, don Felipe Montego, que estaba ya acercándose a la orilla opuesta, dejó que su caballo trepase hacia la ribera y se lanzó con grandes brazadas hacia el centro de la corriente. Nadaba como un pez, con una rapidez y una potencia absolutamente increíbles.

Recuperó en un santiamén el fardo antes de que se hundiera por su propio peso en las aguas y ganó la orilla que había dejado poco antes. Inmediatamente después de él, Jean de Roquebrune puso a salvo a Ironda. La pobre bestia resbaló muchas veces en el cieno con un espanto de muerte y con los ojos casi fuera de las órbitas, pero por fin encontró un poco de grava y consiguió salir fuera del agua. Y, por último, también yo conseguí ponerme a salvo aferrándome a las raíces de un grueso tronco de álamo medio arrancado por la corriente. Nos miramos incrédulos y enseguida tratamos de encontrar un escondite porque los moros estaban cruzando el puente para bajar al río.

En aquel mismo instante, un estrépito de clarines, un fragor de cascos y armas resonaron a nuestras espaldas y una multitud no menos numerosa de caballeros cristianos se lanzó a defender la entrada del puente y a repeler a los invasores. Roquebrune sintió que le hervía la sangre al ver aquello y hubiera querido lanzarse a la refriega en busca de gloria, pero recordando el juramento, aseguró en la silla su preciado envoltorio y reanudó el camino con nosotros.

Llegamos a nuestro destino seis días después; una pequeña ciudad, no lejos del extremo confín del océano, llamada Compostela.

—¿Y esta era nuestra tan anhelada meta? —pregunté—. Pero si es un lugar insignificante.

—No es cierto —respondió Roquebrune—. Defendida por los ríos y por las montañas, con el océano a sus espaldas, este lugar será el sagrario de la reliquia más preciada de la cristiandad después del Santo Sepulcro.

—¿Una reliquia? ¿Hemos arriesgado tantas veces el pellejo para traer aquí una reliquia? —pregunté desconcertado.

Roquebrune sonrió:

—Sí. Es lo que se me pidió y me hizo jurar el santo caballero templario Antonius Bloch que la había traído de Tierra Santa. Y ahora vayamos en busca de la catedral. He de ponerla en manos del obispo Ururoa.

Un paseante nos indicó la calle que conducía al sagrado templo y mientras nos acercábamos notamos primero un efluvio de incienso y a continuación un coro de voces celestiales que provenía del fondo de la calle. Seguimos aquel rastro divino y nos encontramos al cabo de poco delante de la puerta de la catedral. Avanzamos entre dos alas de fieles y entre nubes de incienso, y todos se volvían a nuestro paso. El señor de Roquebrune sostenía en sus brazos su envoltorio como si sostuviera la efigie del Niño Jesús el día de Navidad y a su andar tintineaban las espuelas sobre el suelo de mármol y la espada contra las grebas de acero. Detrás de él iba don Felipe, con el ceño fruncido, la color pálida y las ojeras oscuras, temible guerrero y ferviente asceta. Por último, iba yo, entristecido por la pérdida de mi mulo. Cubiertos de seco fango, con el pelo sucio y encrespado, estábamos horrendos y todos se volvían a nuestro paso acogiéndonos con un fuerte y creciente clamor. Delante nuestro

estaba ahora el obispo, reluciente con su dorada capa pluvial y a su lado un caballero de estatura imponente, un hombre gigantesco envuelto en un manto blanco, con una cruz roja. También habrían podido ser...

Antonius Bloch.

Se volvió lentamente mostrando el rostro severo y rugoso e inmediatamente después de él se volvió el obispo al tiempo que levantaba la mano para bendecir a la multitud. El señor de Roquebrune se quedó a primera vista desconcertado, pero se controló. Se postró de hinojos y alargó hacia delante su envoltorio: una especie de estuche de cuero atado con unas correas.

—He cumplido con mi misión, caballero, monseñor obispo, y con la ayuda de estos mis valientes amigos, al precio de nuestra sangre y de duros sacrificios, os he traído las reliquias de...

Pero las palabras de mi señor se vieron interrumpidas por el propio obispo:

—Pero, hijo mío, si las reliquias han llegado ya, las reliquias del primo de Nuestro Señor Jesús, el apóstol Santiago, que descansarán para siempre aquí en Compostela, baluarte de la fe cristiana y punto de sublevación de las fuerzas cristianas contra los moros. Aquí se refugiará la última defensa si fuera necesario, de aquí partirá la reconquista de nuestras tierras cuando llegue el momento.

Mi amo se quedó sin habla y, vuelto hacia Bloch, balbuceó:

—No me dijisteis que...

—Lo sé. Y lo siento. Pero no había elección. Sabía que era seguido y espiado por fuerzas enemigas, y no solo paganas. Tenía que distraer su atención; mientras las verdaderas reliquias viajaban por mar, yo debía atraer primero sobre mí y luego sobre vos la caza a este sagrado tesoro. Hasta Francisco de la Fontaine ha sido un instrumento mío con el fin de hacer extremadamente realista vuestra empresa de distracción. Esta custodia contiene los huesos de un cofrade mío muerto durante el viaje, que finalmente podrá descansar en paz. Los huesos de Santiago están ya guardados en este relicario de plata, donde descansarán eternamente bajo las

bóvedas de este templo. Por eso pensé en que os asistiera otro cofrade mío —dijo indicando al que yo creía don Felipe Montego—. Guy Blas, caballero templario y mi compañero de armas y de oración.

¡Don Felipe un templario! ¡Hubiera tenido que imaginármelo! ¿Cómo habría podido un párroco rural manejar la espada, cabalgar, nadar y correr de aquel modo? ¿Y no era acaso el jabalí debajo de la encina el escudo de armas de los Blas?

Me quedé sin habla, y mientras el obispo condecoraba a los dos caballeros con la cruz de la Sagrada Orden de los Defensores de la Fe, mis ojos eran un mar de lágrimas.

Me devolvió a la realidad la voz de Antonius Bloch:

—Y ahora arrodíllate tú, hijo mío, porque también te has hecho merecedor a un gran honor; deja que apoye esta espada sobre tu hombro para consagrarte caballero... El caballero... ¿Cómo te llamas, hijo mío?

Ya, me doy cuenta de que, llegado al final de este humilde comentario mío, no he dicho aún mi nombre.

—Bernart —respondí—, Bernart de Ventadorn es mi nombre. Soy un trovador y había entrado al servicio del señor de Roquebrune para encontrar inspiración para mis poemas. Y he aquí, señor, que creo haberla encontrado. La inspiración.

Fin